

LAS MUJERES CUENTAN

RELATOS DE ESCRITORAS
CHILENAS

CUENTOS

© Simplemente Editores

© **De esta edición:**

Sociedad Comercial Simplemente Editores Ltda.

Arzobispo Casanova 36, Providencia.

www.simplementeeditores.cl

contacto@simplementeeditores.cl

Registro de Propiedad Intelectual N° 184 902

ISBN: 978 - 956 - 8865 - 02- 3

Compiladora:

Mónica Tejos R.

Pintura portada:

Bruna Truffa

Serie Ochentera, 1987

www.brunatruffa.com

Diseño y diagramación:

Jenny Contente G.

Impreso en:

Salesianos Impresores S.A.

Mayo, 2010.

Ch863.008

M953c Las mujeres cuentan: relatos de escritoras chilenas
/ [Compiladora: Mónica Tejos R.] --

1a. ed. --

Santiago de Chile: Simplemente Editores, 2010.

246 p. ; 15 x 23 cm.

ISBN: 978-956-8865-02-3

“Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquiera otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de Editorial Simplemente Editores Ltda.”

LAS MUJERES CUENTAN

RELATOS DE ESCRITORAS
CHILENAS



SIMPLEMENTE
EDITORES

Índice

El apuntamiento / Isidora Aguirre	11
Capar a uña / Gabriela Aguilera	27
S(s) y la no historia / Claudia Apablaza	37
Paseos en moto / Pía Barros	49
El legado / Alejandra Basualto	55
Floral, floral / Teresa Calderón	67
La epidemia de Traiguén / Alejandra Costamagna	77
Quinto piso / Ana María del Río	91
Que nadie duerma / Lilian Elphick	97
Blanca / Nona Fernández	107
Bzzz / Irene Geis	125
Ojos Memoria / Sonia González	139
Del amor y otras historias / Lucía Guerra	153
Marejadas / Andrea Jeftanovic	173
Ay / Lina Meruane	185
El aliento de Fátima / Cynthia Rimsky	199
Breve retrato de Juan / Carolina Rivas	217
Eva, de personaje a protagonista / Ana Vásquez Bronfman	223
Amadora incurable / Virginia Vidal	237

Isidora Aguirre

El apuntamiento

Isidora Aguirre, nace en 1919, sus padres fueron Fernando Aguirre Errázuriz y la pintora María Tupper Huneeus. Incursiona en música, dibujo y la danza. Estudia teatro en la Escuela de Hugo Miller y cine, durante un año, en París. De sus primeras obras, cabe destacar: *Carolina*, 1955; *Las Pascuas*, 1957, obras dirigidas por Eugenio Guzmán, el mismo director de *La Pérgola de las Flores*, 1960. Muchas de las aproximadamente 40 obras de esta autora estrenadas en Chile y en el extranjero destacan por su contenido social: *Población Esperanza*, que escribió con el novelista Manuel Rojas (1959); *Los Papeleros* (1962); *Los que van quedando en el camino* (1969); *Retablo de Yumbel* (1986), Premio Casa de las Américas; *Subiendo, último hombre* (relativa a la crisis producida en Lota por el cierre de las minas.) También son relevantes sus obras históricas: *Lautaro*, *Manuel Rodríguez*, *Bolívar y Miranda*, Premio Fondo del Libro 1994; *Diego de Almagro*. Ha escrito las siguientes novelas: *Doy por vivido todo lo soñado*; *Carta a Roque Dalton*; *Santiago de Diciembre a Diciembre*; *Balmaceda*, dirigida al público infantil, *Waiu-Ki*, y otros. Ha recibido diversas distinciones y homenajes en Chile y el extranjero.

El apuntamiento

*(Basado en el relato de un reo común en la
Penitenciaría de Santiago, año 1968)*

—¡A vos te conozco!

Me agarran por el hombro, me volteo con el jarro de cerveza en la mano. Era un detective, un “rati”¹. Era el mismo que me detuvo por robo la última vez.

Menos mal que estaba tomando solo, ahí en el boliche. Antes que alcanzara a terminar la pilsener, me agarran entre dos, me sacan afuera a empujones y me meten en la camioneta de investigaciones.

—¡Suéltense! ¡No he hecho ná!

—Cuidado con éste, mire que es peligroso... —advierte el rati.

Un bofetón y un “cállate” y estoy arriba.

Llegando al cuartel, les digo:

—¡Me traen a la “pesca”², por las puras! ¡No he hecho ni una cosa! Juro por Dios....

Igual me allanan: me quitan el cinturón, los cordones de los zapatos, la billetera, los documentos. Los envuelven en el mismo pañuelo de uno, y anotan, nombre, todo. Después: “¡Pásele p’adentro!”, derechito al calabozo.

¡La pu... hasta aquí me llegó la suerte!

¡Tan re bien que estaba trabajando en una construcción! Primera vez que lograba levantar cabeza. Era un cambio, y una suerte, porque conseguir algo con los “papeles sucios” no es fácil. El capataz de la construcción ni recomendaciones me pidió, parece que ese día se les había ido uno de los obreros.

1 Policía vestido de civil

2 Cuartel de la policía civil

Llevaba ya tres meses trabajando en esa construcción: gente sana, buenos amigos, y yo con plata limpia en el bolsillo. Se puede decir que estaba empezando a ver cómo era la vida... Porque desde chico me lo pasé en los encierros, y el que sufre encierros sabe que ahí aprende el bien y el mal. Y de la moral, que le llaman, se conoce primero el mal. Golpes porque andas sucio, patada porque eres flojo, hasta porque “sos feo”...

A mi padre no le supe la cara, mi madre murió quizá cuándo, tampoco la recuerdo. Me crió una vecina, por caridad, y a nadie le importaba donde yo anduviera. Por eso salí a conocer la calle y ligerito me agarraron “por vagancia”.

Me soltaban, volvía a caer.

Primero anduve limosneando, pero cuando ya uno siente vergüenza de estirar la mano, viene el robo. Eso es cosa sabida. Y ahí, en las correccionales donde lo encierran a uno, más es lo que se aprende para seguir robando. Y lo aprende mejor, para hacerlo más en grande en cuando lo suelten.

La última condena, que fue de cinco años y un día, me hizo cambiar de idea. Es que esa vez en la cárcel me enseñaron a leer. Además, aprendí oficio con la madera y, como se dice, ¡senté cabeza! Y ya era hora, porque tenía más edad, veinticinco, según mis documentos.

Porque las otras veces al salir no sabía mucho a lo que iba. Esta vez, sí: tenía decidido “chantarme”³. Vivir como un hombre honrado y sin que supiera nadie que antes había delinquido.

Me dio gusto respirar el airecito puro al pasar las rejas... Y eso, creo que fue porque iba decidido a cambiar. ¡Uno se hace tantas ilusiones con la libertad en cuanto la pierde! Porque, la verdad, adentro no es tan malo el trato, hasta hay guardianes que son amigables si uno no les causa problemas. Lo malo son algunos reos que están siempre haciendo planes para escapar, y si no se les lleva el amén, lo tachan de cobarde... Otra cosa son los que tienen malas costumbres, pero de eso me libré, porque el que busca tener su compañero, sabe quién le va a consentir y quién no.

³ Detener.

Salí, como decía, ilusionado, aunque sabiendo muy bien que el que ha estado adentro, cuando sale ha de tener paciencia. Pero esa vez tuve suerte y me tomaron en la construcción sin pedir documentos.

Al comienzo hallaba duro el trabajo. Es que como me vieron fortacho me pusieron en el acarreo de material pesado en carretillas y a cargar sacos de arena. Pero me fui acostumbrando y estaba contento. Me sentía, al fin, una persona como las demás. Nadie se maliciaba de mi pasado. El capataz era buena gente y los compañeros me daban trato de amigo.

Poco duró la ilusión...

No habían pasado tres meses, cuando me agarraron en el boliche tomando mi cervecita. Buen dar con la mala suerte, si hasta andaba pensando en casarme en cuanto juntara unos pesos.

¡Puchas la mala suerte!, me estaba diciendo, dándole vueltas al asunto, ahí en la celda donde me tiraron. Ya era de noche, cuando oigo el cerrojo. Entra un guardia, me apunta con el dedo: “Ven, sale pa’acá”. Me malicié que era para hacerme “un trabajito”. ¡Así los llaman! Me sacan a empellones y me meten en una sala: ah me amarran a una silla. Pego la mirá, y veo que no hay otros muebles, la pura silla. ¡La pu... aquí sí que me van a dar fuerte! Empezaron a trabajarme al tiro⁴.

—¡Ya, habla huevón! ¡Suelta los robos! ¡No te hagas el jetón!

Y yo tratando de decirles, entre golpes y patadas, que no tenía ni un robo que soltar, que me había chantado, que estaba trabajando, que vieran los recibos de pago de la construcción, que los buscaran en la billetera que me habían sacado cuando me allanaron al entrar.

—¿Crees que somos babosos? ¡Habla, gil de mierda!

Y yo, con toda humildad para que me creyeran:

—Es la pura verdad, es la firme, jefe. No me golpee tanto, si no tengo qué largar...

Entonces nombraron “la máquina”.

⁴ De prisa, de inmediato.

Se me pararon los pelos de pensar que me iban a meter la corriente.

Y ahí, les insisto, medio tartamudo con los correntazos, vuelta a lo mismo, que no tenía ni un robo, que había pagado los antiguos, que venía saliendo de la penitenciaría, que me creyeran... Y ellos: “Habla luego, que no estamos aquí de ociosos”. Y cuando me vieron flaquear ¡venga el balde de agua!

Parece que era cierto que tenían apuro por la forma en que me llovían, entre los insultos, los puñetes, las patadas, hasta lacazos. Una de las pateaduras me hizo sentirme mal. Ladié la cabeza para que se notara que ya no me quedaba aguante.

—Puro teatro hace el huevón —dijeron.

Y otra vez ¡dénle duro! Y yo: “¡No he hecho ná!”

—¡Aquí son todos angelitos!

Hasta que uno dijo:

—Más rato volvemos a interrogarlo. Este es ladrón, delincuente habitual y no se libra con “grupos”⁵ de que lo trabajemos.

Me cascaron que ya no sabía de mí.

Rodé por la escalera y me tiraron, como saco, al calabozo.

Suerte perra... Me rompí un pedazo de camisa para vendar-me las magulladuras de la cara. ¡Cabrones! No había dónde no me doliera. Me preguntaba: ¿Cuánto me irán a tener aquí? ¿Y el trabajo en la construcción? Calculaba que no vendrían hasta la noche siguiente, no hacen esos “trabajos” de día, ¡cuando oigo el cerrojo y el “vos, sale pa’cá” ..!

—Anoche tuviste suerte —me dice el inspector— porque teníamos que salir de ronda. Ahora si que vas a confesar, huevón.

Tenía el aliento pasado a vino. Me llevaron a la sala de guardia para que “hablara por las buenas”, dijeron. Eso lo hacen para que uno se haga ilusiones, lo llaman “ablandar” para que después más le duela lo que viene. Pero uno se la cree. Me insisten:

—Ya, suelta los robos de una vez.

—Pero si anoche les dije la firme, jefe.

⁵ De engrupir: mentir

Le volví a pedir que vieran los papeles, ahí estaban los recibos de la construcción. Los mandó a buscar. Abrió el atado que había hecho con el pañuelo y se puso a examinarlos.

—Por esta vez te voy a dar crédito —me dijo—. Pero no te vas a librar del parte por vagancia. Y también te vamos a pelar a rape.

—Puchas, ñor, no me haga eso —le pido yo con humildad—. No ve que son cinco días encerrado y con eso me van a despedir en la construcción... Y más encima, andar con la cabeza rapada es como andar diciendo a gritos que uno es delincuente.

—No me vengas con huevadas. Si no estás conforme, te damos otra pateadura hasta que, si no tienes un robo que confesar, tengas que inventarte uno, jetón...

Entonces les hablé, siempre con humildad, por ver si se los convencía. Total, botarse a “choro” es peor, es darles pretexto para que a uno lo castiguen más. Le pedí:

—Tiene que entenderme, jefe, es la pura verdad que decidí chantarme, ¿no es eso lo que piden cuando uno está adentro? Eso de la rehabilitación que le llaman. ¿No ve que hasta aprendí oficio para cuando me dejaran libre?

No sé si me creyeron, o no. El inspector me pega una mirada despreciativa, y sale, pero antes, le hace una seña al otro. Y el otro se me acerca, con buenos modos.

—Oye, en la billetera tienes buen billete—. Pásate dos y hasta luego. ¿Conforme?

¡Sinvergüenzas!... Más ladrones que uno. Cierto que había oído de eso, que llaman “el apuntamiento”, que le hacen los tiras a los ladrones: cobran al mes, como condición para dejarlos tranquilos, porque suponen que uno sigue robando. Pero ¡que me lo hicieran a mí, que gané esa plata y la gané con sudor, cargando sacos de arena, de sol a sol! Y sin tener más que lo justo para el pago del cuarto y la comida, y de vez en cuando una cervecita con los compadres... No me jodan.

—¿Conforme? —me estaba repitiendo.

Lo miro, indignado, listo para largarle el insulto. Pero me acordé del “trabajito”. El parte por vagancia, la cabeza rapada.

—Conforme, si salgo altiro.

—En cuanto pases la plata.

Se la paso, y salgo a la calle, arreglándome el cinturón, que no se me cayeran los fundillos. Ni los cordones le quise poner a los zapatos.

Caminaba sin ver por dónde iba. ¡Puchas con los sinvergüenzas abusadores!

Al ver que estoy cerca de la pensión donde arrendaba el cuarto, me devuelvo. Decidí esperar la noche: que no me vieran así, con la cara magullada.

Me fui a servir una cerveza con la plata que me dejaron los cabrones y terminé por conformarme. Total, estaba afuera.

Al día siguiente en la construcción les conté el cuento del asalto: que me habían cogoteado unos delincuentes y me habían sacado la plata de la semana y puesto la cara así. Era buena gente y me creyeron. Hasta hicieron una colecta poca para ayudarme:

—No te preocupes, chico —así me decían—. Eso a cualquiera le pasa. ¿Y cómo no les largaste puñetes, vos que cargáis sacos de cien?

—Es que andaban con cuchilla y eran muchos...

En fin, que me la saqué.

Me creí a salvo, pero como a los dos meses, cuando ya me había olvidado del asunto, siento otra vez la garra en el hombro. Volteo. El mismo buitre.

—Suélteme ¿no ve que voy camino a casa?

—No te hagas el huevón.

Y empieza a registrarme.

—Oiga, si lo va a hacer, no lo haga delante de la gente, ¿no ve que aquí en el barrio me conocen?

—Andando, entonces, porque la “mionca”⁶ está en pana de rueda.

Puro “grupo”, pensé, para tener tiempo de hablarme. Estábamos como a diez cuadras de la pesca⁷. Y me fue diciendo que

⁶ Camioneta

“esta vez no te vas a librar tan fácil, porque son ocho los robos que tienes a tu cuenta”.

—No me venga a calumniar... ¡qué robos, ni qué mierda!

—No te pongas atrevido.

—Si no he hecho más que cargar sacos en la construcción...

—Para qué sigues con el “grupo” del trabajo. Se puede trabajar de día y “chorear” de noche. ¿Crees que somos nuevos en este oficio, jetón?

Y cosa que yo le decía, él replicaba: “se lo dices al juez”.

Con eso me jodieron.

Entrar a la “pesca”, ya sabía, era pasar al calabozo, y del calabozo a la pateadura. Antes, si salía a hacer un robo, llevaba debajo de la lengua una media “gilette”⁸, esa es precaución que uno toma: lo agarran y ¡zas! un tajito en el estómago, que sangre su poco, para que lo lleven a la enfermería: es el truquito para que no lo pasen a uno a la “pesca” donde están los tiras. Ahí de la enfermería uno va derecho al juzgado, se salva de la pateadura, esa a la que le llaman ellos la “interrogación”.

Cosa curiosa, pero cuando se deja el oficio, empieza uno a andar descuidado...

Esta vez, me volvieron a nombrar la máquina, y me hicieron el trabajito de las amenazas para que aflojara. Entonces, poco antes de llegar al cuartel⁹, uno me lleva a un lado:

—Si tienes billete, pasa y hasta luego...

—No tengo ni cobre. ¿No ve que me dejaron con deuda la otra vez?

—¿Quién te dejó con deuda, huevón? Y aunque así fuera, cuando se anda choreando se maneja billete.

—¡Si no he hecho ni una cosa!..

Lo dije y me arrepentí. Qué sacaba con seguir con la misma. Ya había visto que no servía.

⁷ Cuartel de la policía civil

⁸ Hoja de afeitarse

⁹ Cuartel de la policía civil

—Oiga, se podría arreglar —le digo—: el sábado me pagan. Le pareció bien. Dijo que ahí mismo me iban a esperar a tal hora, dentro de tres días cuando tocaba que era sábado.

Volví desmoralizado a la casa. Esa noche le hablé a la mujer que tenía: “Mira, Negra, pasa esto”. Y le conté todo de mis condenas.

—Más vale que sepas cómo son las cosas —le dije, porque ella era así, comprensiva—. Hice el firme propósito de chantarme, pero estos buitres no me dejan ni juntar plata para casarnos.

Y le estuve explicando cómo era ese asunto del “apuntamiento”.

—Te creo —dijo la Negra—. Si ya la corriste, ahora más bien sienta cabeza. Sé que vas a ser buen marido. Yo te espero. Te lo prometo.

Eso me conformó. También me dio un consejo:

—Mejor te mudas de esta pensión; te conocen en el barrio y ligerito dan la nombrá a los tiras.

Pero no le hice juicio. Dejé pasar el tiempo, más que nada porque no es fácil hallar un cuarto bueno que sea barato. Otra cosa, que ahí estaba cerca de la construcción, no tenía que gastar en autobús.

La Negra me afirmó para el gasto de la semana, porque el sábado tuve que darle otra vez dos billetitos gruesos a los tiras.

Nunca creí que iban a volver tan luego. No pasó un mes y ya los tenía, ahí, en la pensión. Cuando la dueña fue a avisarme que me esperaban unos caballeros, me creí que eran dos amigos que habían quedado en venir a buscarme. Hasta le dije a la señora, con toda confianza, que los dejara pasar.

¡Los desgraciados esta vez traían la orden de detención con mi nombre y mi apodo! Y no sabía cuántos robos me iban a colgar. ¡Contra el papel no hay nada que hacer! Ya sabían que siendo día sábado me pillaban con plata.

—No pierdas el tiempo con “grupos”, —me dicen, y me ponen por delante el papel.

No dije palabra, me tragué la rabia. Les solté los billetes, palmaditas en la espalda y se fueron. ¡Cabrones...!

Agarré mis cositas y esa misma noche me mandé mudar¹⁰. Capaces eran de volver al día siguiente. ¡Se habían cebado, los perlas!

Me costó encontrar cuarto, y al fin fui a dar lejos, cerca de la cordillera. Me levantaba de alba para viajar una hora de ida y una hora de vuelta. Me lo pasaba encaramado en las micros. La mujer me decía: “Eso te pasó por confiado”.

Será que cuando uno se retira de la delincuencia, se pone distraído, no piensa en esos detalles.

Me sentí tan seguro en ese otro barrio que no discurrí que podían ir a la antigua pensión y averiguar ahí dónde trabajaba. Cierto que al no desconfiar, uno se jode. Ni siquiera fui precavido para advertirle a la dueña de la pensión que no dijera dónde trabajaba.

Así es que llegaron a la construcción.

Me estaban esperando a la salida. Eso fue como a los dos meses. Yo estaba bien tranquilo, pero en cuanto los vi, me di cuenta que eran ellos. No lo esperaba, así es que me quedé tieso, ni siquiera atiné a esconderme.

—Mejor pasa tres billetes, mira que andamos necesitados —me dicen.

Ahí, ya no me pude aguantar.

—No les doy ni medio, aunque me lleven preso... ¡Córtenla con la huevada!

—¡Si te pones atrevido te va mal, mierda!

Se dieron cuenta que esta vez no iba a ser lo mismo porque me llevaron a empujones donde el capataz de la construcción, para joderme de un viaje: “Mire, —le dicen—, este gallo es un delincuente. Con puras condenas. Y ahora tiene una acusación por robo. Se lo venimos a advertir por si también hay aquí alguna denuncia”.

¹⁰ En este caso cambiar de domicilio.

Ahí el capataz se acordó de unas herramientas que se habían perdido, quizá cuándo. Hasta le dio las gracias por la “información” al conchesumadre, y después sale el capataz con que: “Eso me pasa por no exigir documentos ni recomendaciones”. ¡Como si él fuera ahí el mandamás!

Se empezó a juntar gente, los mismos de la construcción y otros, porque los tiras armaron la grande con los empujones, y hasta me esposaron, para joderme un poco más. Entonces saqué toda la rabia que tenía guardada. Les dije a gritos, que era cierto que había sido ladrón, pero que bien pagados tenía los robos, que había decidido chantarme, pero que estos cabrones abusadores me sacaban toda la plata del trabajo con sus famosos “apuntamientos”. Que ¡ése si que era delito! Eso les grité y no recuerdo cuánto más, en fin, todo lo que tenía adentro.

Ni se arrugaron.

El capataz, que era de esos que creen que los detectives son más honrados que el que ha pasado por la cárcel, hasta comentó: “Siempre que agarran a un ladrón, sale con esa lesera. Lléveselo. Después les mando la denuncia por escrito, por las herramientas robadas.”

Otra vez, allanado, al calabozo, y por la noche “vos, sale pa’ cá”...

A golpes me llevaron hasta la escalera. Más encima, amarrado de pies y manos, obligado a dar pasitos cortos. Íbamos a subir cuando se oye una voz gruesa:

—¿Quién es el jefe aquí? Quiero hablar con el encargado de este cuartel.

Se conocía en el habla que era un gil con plata.

—No venga con gritos —le dice el inspector—. ¿Quién es usted?

—Soy el padre de los jóvenes que detuvieron recién.

—Esos cabros de mierda se robaron un auto y violaron a una —dijo el detective—. Así es que los voy a pasar a la cárcel.

Me dejaron ahí, amarrado como un bulto, y se fueron a hablar con el gil. Cuando él los convenció que los soltaran ¡seguro

que ni plata les pasó porque esos gallos se libran con puro nombrar a sus conocidos “palos gruesos”!.. ahí se acordaron de mí.

Me empujan por la escalera “sube, huevón”. Y arriba “date vuelta”: me tuvieron como trompo, girando. Si me detenía, un golpe. Hasta que, emborrachado, ni supe dónde estaba. Entonces, de un empujón, me tiraron de espaldas. ¡La puuuta, siento que estoy tendido en el somier.. la máquina! Para ponerle a uno la electricidad tiene esos somieres de metal. Empiezo a dar berridos:

—¡Noo, la máquina nooo... Nooo...!

—Ah, ¡la conocís, huevón! No sos nuevo en el asunto. Entonces, mejor habla de una vez. Ya, pues, dale. Anda soltando...

—¿Qué quiere que les suelte? Estoy chantado.

—Claro, un angelito, ¿y por qué te cambiaste de casa?

—Para que no me saquen la plata ganada con el trabajo honrado. Porque me tenían jodido con el “apuntamiento”. ¡Por eso me cambié!

—Miren el piojento, desgraciado, venir a calumniar a mis muchachos. En otras “pescas” se estilará esa cuestión, de apuntamiento... aquí todos siempre se han contentado con recibir su sueldo.

—Déjelo con nosotros, jefe —dijo uno—. Le hacemos un trabajito por hocicón. ¡Miren el perla venir a calumniarlo a uno!...

Me agarraron a golpes, por todo el cuerpo. En eso me vienen arcadas.

—No vengas a ensuciar, oh... que te lo hacemos comer, mugriento.

De puro susto me contuve.

Cuando estaba medio traspuesto, a punto del desmayo, alcanzo a escuchar el “reánímelo”. Y ahí me cayó encima el balde de agua.

—¿Vas a hablar, o no?

—Pero, jefe, no voy a estar inventando...

—Traigan la máquina.

Me quedé tieso. No pude moverme mientras me quitaban las amarras. Enseguida, me desnudan, completamente. Me vendan los ojos y me atan a las cuatro esquinas del somier. Me pusieron alambres en las sienes, me volvieron a echar agua.

—Te damos la última oportunidad. Habla.

—¡Me van a maquinear por las puras!— les grito—. ¡Si no tengo que...!

Ni terminar la frase me dejaron: vino el primer correntazo. ¡Putita la descarga! Abro la boca para pegar el grito y me enchufan un trapo...

—Cuando decidas hablar, abre la mano —oigo que me dicen. Y métale corriente.

No era la primera vez que me encontraba con la máquina, pero esta vez se ensañaron: en los miembros, en la boca y en los testículos. Y eso no fue más que el comienzo: ¡cinco noches me tuvieron así! De la tortura al calabozo, del calabozo a la tortura. De día no descansaba, tenía la boca hecha una lástima, no podía comer. El agua, la tomaba a sorbitos. Los testículos hinchados. La cabeza que se me partía. En el cuerpo no dejan señal con los trapos mojados, no más se ven las heridas de la cara.

Sentado en el calabozo, seguía oyendo zumbiar la maquinita. Tenía adentro ese zumbido. Menos podía dormir: me quedaba despierto pensando que todo iba a empezar de nuevo en cuanto oyera que se acercaban esos pasos que resuenan fuerte en el silencio de la noche. Luego el cerrojo y el “vos, sale pa’cá”.

No sabía si vendrían, ni a qué horas, así es que me lo pasaba ahí, espirituado. Lo hacen de intento, dicen, es parte del ablandamiento, el mantenerlo a uno así. Bueno, que cada vez se me hacía más duro, cada vez tenía menos aguante. La puta, pensaba, ¡no tener un buen robo que confesarle a estos cabrones! Estar ahí, aguantando el suplicio, por querer “chantarme”... ¡Buen dar con la suerte perra!

La quinta noche, apenas empezaron con la máquina, les hice la señal con la mano.

—Desátenlo.

Me pasaron los papeles con los robos, y pongo la firma. Sin mentir, ni siquiera tuve curiosidad por leer lo que decía.

—Mañana te pasamos a la cárcel.

Aunque parezca raro, después de lo que había sufrido, se me hizo livianita la cárcel.

Noventa y cinco días me dio el juez.

Y eso que, cuando me fueron a interrogar, dije la pura verdad:

—Soy inocente: ni sé qué robos están escritos ahí, si puse mi firma, fue nada más para librarme de la famosa maquineta.

Les mostré las magulladuras de la cara. El juez, como si nada. Igual me incomunicó.

Para salir, después de los noventa y cinco días, me pusieron multa de cien escudos, los mismos que no quise darle a los tiras.

Total, ya no sentí lo mismo que cuando salí la otra vez. No tenía propósitos. Ni buenos ni malos. Estaba completamente desmoralizado.

Perdí el trabajo, la mujer, la plata. Todo.

Como no sabía a dónde ir a dormir esa noche, recordé un amigo de una antigua condena. Me había ofrecido, “si no tenís dónde llegar, ésta es la dirección de mi casa”. Para allá corté. “¿Cómo te ha ido, chico?” “Mal.” Y le cuento. “Estoy en las mismas, me dice. No encuentro trabajo. Cada vez que salgo en libertad, digo “me chanto”. ¡Y me empiezo a morir de hambre!”

Salimos la noche siguiente. Había un buen dato con unos delincuentes habituales. Estábamos pensando en poner un quiosco de revistas con esa plata. ¡Si es para la risa! ¡Uno nunca pierde la ilusión de cambiar de vida!

Teníamos a medio hacer el trabajo, ya con la plata en la mano cuando, el que estaba de “loro”, avisa: “¡La pioooooola!” Y aparece el furgón con la policía. Agarrado, y encima, con el robo...

Y aquí me tiene, en la penitenciaría.

Me consuelo pensando “¡Al menos esta vez estoy pagando algo...”

Gabriela Aguilera

Capar a uña

Gabriela Aguilera, (1960, Chile). Ha publicado cuatro libros de cuentos: *Doce Guijarros* (Chile, 1976); *Asuntos Privados* (Chile, editorial Asterión, 2006); *Con Pulseras en los Tobillos* (Chile, editorial Asterión, 2007) y *En la Garganta* (Chile, editorial Asterión, 2008). Fue panelista estable del programa literario de radio USACH en 2005 y 2006. Es antologadora y editora de los “libros objeto” de Ergo Sum desde 2005 y desde 2007 forma parte del comité editorial de Editorial Asterión. En la actualidad prepara un libro de cuentos negros acerca de la independencia de Chile con el que ganó la Beca a la Creación Literaria otorgada por el Consejo Nacional del Libro y la Lectura 2009, además de un libro de microrrelatos titulado *Fragmentos de Espejos*.

Capar a uña

A Martín “Pajarote” Faunes

El reloj marca las 19:00 horas. Sabe muy bien lo que está pasando en este momento. Puede imaginar cuáles son las expresiones de las personas, sus gritos, cómo se apartan de la chica que cae al suelo, aterrorizada, incrédula, mirándose la mano manchada, sin entender de dónde viene la sangre que gotea al suelo sin detenerse y alguien activando la alarma. Camina hacia la salida sur, a paso normal, sin dirigir la vista a ninguna parte.

Hasta hace media hora estaba en el andén, obedeciendo la instrucción de mantenerse detrás de la línea amarilla. El tren llegó en el tiempo calculado, abrió sus puertas y él entró igual que todos lo hacen, ansioso, apresurado, buscando ubicarse en un lugar desde donde poder observar con tranquilidad.

Sintió cómo lo apretaban sus vecinos, cómo se iban amoldando los cuerpos unos a otros, hasta formar una masa compacta dentro del vagón. Como si fueran animales.

Separó las piernas, equilibrándose primero en una y luego en la otra. El hombre que estaba delante de él era alto. Se sintió protegido por su estatura, como si de nuevo fuera un niño, subiéndolo a micros atiborradas de la mano de su padre. En esos años la gente no pensaba mal de un hombre que andaba con un niño. Era como si llevara un cartel de excelencia paternal colgando del pecho. Y seguramente su padre también lo sabía.

Escuchó la sirena del último llamado, la voz metálica que anunciaba el cierre de las puertas y la carrera de alguien que logró llegar hasta el vagón y entrar. Aunque no se parecían en nada, las sirenas siempre le recordaban el vagido de los animales ama-

rrados de las patas. Los hombres algo borrachos en esas tardes de verano, sucios con el polvo que, humedecido por su propio sudor, les marcaba la piel, los gritos, el reverbero del sol cayendo a pique sobre la medialuna. Laceyaban a los potros que corrían trayectos cortos, para detenerse de pronto, en medio de una polvareda levantada por sus cascos, adivinando, presintiendo el peligro, su propia indefensión, presas de los deseos de huir, aunque no supieran exactamente de qué. El olor de la sangre, unido al del sudor y el vino. Y el otro aroma que aprendió a aspirar con deleite. El olor del poder ante las víctimas inermes, un olor espeso y viscoso que emanaba del cuerpo de los hombres inclinados ante los animales amarrados de las patas. Y el olor del miedo, reflejado en los ojos acuosos de la bestia que acezaba resignada.

Una mujer se tomó del pasamanos y rozó su mano izquierda. La corrió hacia abajo para no tomar contacto con ella. No podía moverse de donde estaba, apenas serpentear un poco la mano derecha. Pensó en si alguien, algún niño pequeño quizás, podría ver su diestra agitándose allá abajo.

Dos mujeres lo flanqueaban. Iban vestidas de la misma forma. Dedujo que eran vendedoras de alguna tienda por departamentos. Se dio cuenta de que había acertado cuando una de ellas se movió y un pin institucional quedó en evidencia en la solapa de su chaqueta.

Volteó apenas para ver quién estaba detrás de él. Se encontró con la expresión ausente de un muchacho que llevaba un audífono en la oreja y un bolso colgando del hombro. Parecía universitario. Corroboró que era así cuando el joven levantó la mano para rascarse la cabeza y pudo ver que llevaba una cinta azul amarrada a la muñeca con el nombre de su universidad.

Ninguno de los que lo rodeaban le pareció interesante. Eran personas comunes y corrientes.

Las mujeres hablaban por encima de él, como si no estuviera allí. Oía algunos jirones de conversación de los demás, entrecortados por el sonido del tren, deslizándose por las líneas

subterráneas. Una pareja discutía un poco más allá. No escuchaba las palabras, pero supo que era así por la expresión airada de sus rostros. Un tropel de muchachas se amontonaban en una esquina, riendo y gritándose entre sí.

No podía decidirse a elegir. Hasta que en la estación siguiente, luego de que algunos se bajaron y pudo disponer de más espacio, vio a esa chica, de pie cerca de la puerta, afirmada en la pared del tren.

La observó. Debía tener quince o dieciséis años. Vestía una falda escocesa corta y una polera gris con una insignia de colegio. Llevaba el pelo teñido de colores. Cuando él era niño, las muchachas no se pintaban el pelo de colores. Recordaba las piernas, sí, piernas largas o regordetas, se veía rodeado de piernas de muchachas y cuando la micro frenaba y él perdía el equilibrio porque su padre lo había soltado, se golpeaba contra las piernas de las chicas y a veces, sólo a veces, se sujetaba de sus faldas. Ellas se volteaban asustadas pero sonreían cuando lo veían a él, también asustado por las sacudidas bruscas de la micro.

La muchacha sacó un audífono, se lo puso en la oreja y se quedó mirando a través de la ventanilla mientras tarareaba en voz baja. De vez en cuando dirigía los ojos al cartel que ilustraba las líneas y paradas del metro.

Qué le llamó la atención de esta chica, no lo sabía con seguridad. Y siempre era igual. Es sólo que hay personas que tienen algo, se dijo, quizás una manera de mirar o de pararse o de estar dentro del metro, en que todos se ven iguales y ellas se mantienen siendo diferentes.

Observó a la muchacha. Hizo lo que hacía todas las veces, lo que hacía desde que era un niño y estaba en las micros llenas, con su padre. Imaginar cómo sería la vida de la chica, que cosas haría, cómo serían sus amigos y su casa. Fantaseó con que quería estudiar algo artístico, diseño tal vez. Llevaba una mochila que había dejado en el suelo, apretada entre las piernas. Seguramente ahí llevaba los cuadernos, libros, el celular. Usaba

poco maquillaje, los ojos sombreados de negro y los labios humedecidos por el brillo labial. Tenía varios aretes pequeños en la oreja izquierda y una argolla en la nariz. Vista de perfil, la chica parecía un animal.

Observó sus manos, muy blancas y de uñas pintadas, cortas.

La uña lo incomodaba a veces. Se enredaba en las ropas, dificultaba algunos de sus movimientos. Debía cuidarla, mantenerla limpia, del largo preciso. Al principio la pulía con una lima de cartón. Después descubrió que las piedras de afilar eran más eficientes. Le gustaba contemplar esa uña al trasluz. Era transparente, delgada y casi podía apostar a que el borde relucía. Como el de un cuchillo.

La chica se volteó y lo miró sin verlo, traspasándolo con sus ojos bordeados de negro, unos ojos acuosos y grandes, como si estuviera viendo a través de él. Se dijo que lo lógico es que se llamara Elizabeth. Tenía aspecto de Elizabeth y moduló ese nombre con voz apenas audible. Imaginó los afiches de su cuarto, los peluches sobre su cama, sus salidas a tocatas y recitales. La imaginó asistiendo a alguna clase en su colegio, comiendo un yogur y jugando básquetbol. También bailando en alguna discoteque, conversando con sus amigas, discutiendo con sus padres o un hermano pequeño que hurgaría entre sus cosas.

El vagón llegó a la estación Santa Lucía. Se inquietó ante la posibilidad de que la chica se bajara, pero no, ni siquiera hizo amago de sentarse en uno de los asientos que quedó vacío y que fue ocupado por un muchacho que cargaba un paquete envuelto en papel kraft. Quizás la chica debía bajarse en la estación siguiente, pero dedujo con rapidez que no era así, porque ella se movió ubicándose al centro del vagón, casi junto a él.

Pudo olerla. Exhalaba un aroma frutal, muy suave, con un dejo de nicotina, tal vez del cigarrillo que posiblemente había fumado antes de subir al metro. Masticaba un chicle, haciendo a ratos globos pequeños que reventaba con un ruido similar al de un disparo. Era como si rumiara.

Nuevamente recordó a los animales. Los hombres los laceaban entre gritos, arrojándolos al suelo polvoso de la medialuna con un movimiento certero. Los potros encabritados hacían esfuerzos por ponerse de pie, pero era imposible porque los lazos les sujetaban las cuatro patas con firmeza. Se retorcían, alzaban la cabeza, movían las orejas, piafaban. Hasta que parecían aceptar lo inevitable y abrían el hocico para lanzar ese vagido profundo, un aullido de guerrero vencido que él escuchaba sin querer mirar al animal entregado, el miedo brillando en el fondo de los ojos acuosos. Su padre le tomaba la cara con una sola mano y lo obligaba a fijar la vista. “¡Tienes que hacerte hombre, mierda!”, gritaba, dejándole la marca de sus dedos gruesos en la cara. Y él, conteniendo las ganas de llorar, permanecía así, quieto, con las mejillas adoloridas, sólo oyendo el bramido del animal y el sonido que hacían sus propios dientes castañeteando unos contra otros.

La chica tarareaba despacio, como si estuviera sola. La vio mirar nuevamente el diagrama de las líneas y estaciones y articular en voz baja hasta el número cinco. Le quedaban cinco estaciones para descender. Y a él, al menos dos para seguir imaginándola, verla bajo la ducha, desnuda, con el agua tibia corriendo por su cuerpo, el pelo mojado, la espuma del champú, esas uñas pintadas, más brillantes por efecto del agua. Seguramente alzaría la cabeza para que el chorro de la ducha le golpeará la cara. Y tal vez cantaba. Sí, seguro que cantaba. Debía ser de ésas que demoran en bañarse, que luego salía apresurada y se vestía sin más, para partir corriendo a la calle. Pensó en ella tirada sobre la cama, hablando por teléfono con algún muchacho, mirándose al espejo, encrespándose las pestañas. La voz anunció que llegaban a la estación Baquedano, lugar de transbordo. Mucha gente se situó cerca de las puertas para descender y quizás el mismo número de pasajeros ocupó el lugar de los que bajaban. La chica se apretó a él por un momento y después se separó.

Dentro del bolsillo, acarició su dedo índice con el pulgar. La mano quería salir del bolsillo para actuar por cuenta propia. Su

pulgar tranquilizó a su índice en ese frotar de una piel contra la otra. Terminó en la uña, acariciándola con cuidado.

Las puertas se cerraron una vez más. Debía bajarse en la próxima estación y proceder con rapidez. Se había terminado el tiempo para imaginar la vida de la muchacha que tenía enfrente.

Sintió el vértigo que lo asaltaba cada vez que estaba próximo al desenlace. Miedo y placer. Vergüenza también. La mano izquierda de su padre, una mano enorme de dedos ágiles que él veía moverse entre las piernas de las muchachas mientras avanzaba tras él en la micro, hacia la salida. Una vez en la calle, le tomaba la cara con una sola mano, en un apretón que le dejaba las mejillas adoloridas, antes de decirle con voz dura “Esto es cosa de hombres”. Y el olor que despedía su cuerpo era el mismo que recordaba en las tardes en la medialuna, cuando se acercaba al animal amarrado, el animal que bramaba, sometido, esperando, mirando hacia la nada con unos ojos desesperados y acuosos. Su padre se acercaba con decisión, se inclinaba y cogía los testículos del animal con la mano izquierda, fuerte, firme. Con un cuchillo pequeño y afilado abría el escroto y él podía distinguir las bolas blanquecinas en medio de la sangre que manchaba la mano de su padre, que dejaba el cuchillo en el suelo y alzaba la otra mano, la derecha, antes de descargarla con un grito feroz que a veces oía hasta en sueños. Las bolas blanquecinas y ensangrentadas se deslizaban una detrás de la otra y a él le parecía escuchar que hacían un sonido borboteante al caer al suelo.

Empuñó los dedos, conteniéndolos con la fuerza del pulgar. El índice se alzó, decidido, enérgico. Se adelantó hacia la puerta del vagón, mientras murmuraba “Permiso, por favor”, aparentando que se bajaría en cuanto el tren se detuviera.

La chica se hizo a un lado y al mismo tiempo avanzó un paso. El se le acercó un poco, nada más un poco y miró los carteles que iban pasando ante sus ojos, en una velocidad decreciente.

Su mano derecha se movió veloz, serpenteó entre los pasajeros que lo rodeaban y se apretó a la chica. Rozó su pierna desnuda con suavidad, justo en el momento en que la puerta del vagón se

abrió. Rozó su pierna como si estuviera acariciándola, no con la brutalidad con que su padre cogía los testículos del animal laceado ni con la que apretaba las piernas de las muchachas antes de bajarse de la micro. Rozó la pierna de la chica con un movimiento limpio y eficaz.

Fue apenas un segundo. Siempre sentía que era tan poco tiempo en el que lograba sentir el apretón en el estómago, las ganas de reírse, las ganas de abrazar a la muchacha de turno. Un segundo de suspenso, de sentirse al borde de un acantilado, flotando como si volara en el abismo o a punto de volar sobre él. Un segundo precioso en el que trataba de atesorar sus emociones, un segundo trascendental para desmenuzarlo después, un segundo de privilegio, sostenido, perfecto. Un segundo en el que podía sentir el olor del miedo, de la indefensión, del placer que no venía del cuerpo de la chica sino de su propio cuerpo. Un segundo poderoso, teniendo el vagido de la chica en la punta de su uña.

Se bajó del vagón y caminó con rapidez hacia la salida, metiendo la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta, rozando con los dedos el filo pegajoso de su uña entrenada.

Se apresuró a ubicar un lugar en la escalera mecánica, sin correr, sin hacer ningún gesto que delatara su ansiedad. Cuando llegó arriba escuchó los gritos y nuevamente sintió que podría desmayarse de placer. Cómo le hubiera gustado que su padre lo viera, todo un hombre, rasgando la piel de una presa sin lacear, en un corte impecable, la maestría indiscutible de la uña del índice de su mano derecha.

Ahora quiere lanzar un bramido que contenga el dolor del animal castrado y la ferocidad del grito ronco de su padre al cortar los conductos de los testículos con la habilidad de un solo movimiento.

Pero no puede quedarse en este lugar y continúa caminando a paso rápido hacia la salida sur, tal como hacen muchas de las personas que se han bajado en esa estación.

Claudia Apablaza

S(s) y la no historia

Claudia Apablaza (1978) escritora chilena. Estudió psicología y literatura en la Universidad de Chile y postgrado en literatura comparada en la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha publicado *Relatos Autoformato* (Lom ediciones, 2006) y la novela *Diario de las especies* ((Jus Ediciones, México; Lanzallamas, Chile, 2008; Barataria, España, 2010). Actualmente es profesora del Laboratorio de Escritura y editora de Barataria Editorial. Es colaboradora habitual de The Barcelona Review y parte del Grupo Lanzallamas.

S(s) y la no historia

No quiero vivir aquí. Quiero vivir en el lenguaje.

Heriberto Yépez

Mi amigo S es fanático de los manuscritos inéditos. A los diez años su padre le dijo que debía tener dos bibliotecas: una de libros editados y otra de inéditos. De esa forma, le decía su padre, lograrás un equilibrio en la no historia de la literatura universal.

Su padre puso el primer texto inédito en la biblioteca que le compró a S: Un libro de recetas de cocina que él escribió y que nunca pudo publicar, pero que ensayaba apenas tenía un tiempo libre.

La biblioteca de S hoy ya tiene trescientos inéditos. S no presta ninguno de ellos. Si uno se pierde, no podré volver a conseguir otro, sería casi imposible, exclama.

S es además un excelente cocinero, gracias al texto de su padre.

Cuando se publica uno de esos inéditos, S lo toma, lo quema y se pone a llorar. Luego pasa dos días encerrado en su habitación con la luz apagada. No come. Sólo toma pequeños sorbos de agua de una botella que deja en su mesa de noche y gime despacito unas palabras intraducibles.

S es la única persona que conozco que valora tanto los manuscritos inéditos. Cuando conversamos, me dice: la verdadera no historia de la literatura está formada por los libros que nunca se publicarán. Esa es la idea básica, querido amigo. Sólo desde ahí puedes construir la no historia de la literatura universal.

Hace dos semanas decidí entregar a S todos mis libros inéditos: dos novelas y un libro de relatos. Se puso muy feliz. Me lo agradeció enormemente y me invitó a tomar unas copas.

Sentados en el bar de Montjuic, S me volvió a agradecer enormemente y agregó que debía confesarme dos cosas que le daban mucha vergüenza. Lo escuché atento. Lo primero, me dijo, es que el inédito de recetas de mi padre no fue un regalo, yo se lo robé. Y lo segundo, es que tengo aún en mi casa muchos libros publicados. No los había querido tirar. Mañana voy a destruirlos. Me da mucha vergüenza tener libros editados en casa. Siento no habérselo confesado antes. ¿Me ayudarías?

Le dije que no se preocupara por lo del robo a su padre, que era algo natural y que por supuesto que lo ayudaría, que no tuviese vergüenza y que si quería podía darme a mí esos libros editados, que son alrededor de siete mil. Me dijo que por ningún motivo, que desde hoy luchará contra la edición de libros. Que anoche tuvo un sueño iluminador. Se le aparecieron algunos editores que estaban en el infierno y le dijeron que debía luchar por la no-edición del libro ya que sólo así se podría salvar de las llamas.

Al día siguiente me presenté temprano en la casa de S. Me invitó a tomar desayuno. Comimos unas ricas tostadas con mantequilla, un tazón de café con leche y tres magdalenas pequeñas para cada uno.

Al terminar el desayuno, S me dijo: ¡vamos a trabajar!

Nos levantamos. S fue a poner los libros en cajas, mientras que yo me dispuse a encender el fuego.

Terminamos nuestro trabajo en tan sólo dos horas. S me regaló un chocolate que había hecho él mismo, guiándose de las recetas de su padre.

Esa misma noche S me tomó como su ayudante estrella y me dio una chapita que decía: S1, el empleado estrella.

Trabajamos muy bien durante dos meses. Pusimos un aviso en el diario:

Buscamos libros inéditos para proyecto de la gran no historia de la literatura universal. Si quiere hacernos llegar algún manuscrito, puede llamar al 0034-668282078. Preguntar por S o por S1. Usted será feliz.

Lamentablemente, un día sucedió algo inesperado. Algo que nunca imaginé. Me comporté como Judas, es decir: traicioné a S. Y todo por una tenue ira que comenzó a correr por mis venas y se volvió como una bola de nieve. Cada vez que sonaba el teléfono yo contestaba y decían: ¿hablo con S o con el ayudante de S? Me ponía furioso. Estaba harto de ser “el otro”. De ser llamado “el ayudante de S”. ¡Nadie me llamaba S1, que era el nombre asignado la noche de la condecoración!

Una de esas tardes de arduo trabajo y días de ira incontrolable llamó una chica para decirme que tenía un manuscrito para entregar. Le dije que bien, que me diera su dirección y que yo pasaba por él. Llegué. La chica lo tenía listo sobre su mesa, encuadrado, con título y nombre, tal como lo pedíamos. Firmamos el contrato de no-edición. Ella se debía comprometer a llamarnos en caso de ser publicada. Si era así, la sacábamos de la no literatura universal y quemábamos su texto en la hoguera de los desertores, de los judas contemporáneos.

Llegué a su casa, tomé el texto, el contrato, le agradecí, me despedí de ella y le dije: bienvenida a la no literatura universal. Ella me sonrió.

Encendí el auto y me iba a dirigir a casa de S, a catalogar el nuevo inédito, a darle su espacio en la biblioteca, pero decidí que no. Mi ira me dijo: No, vete a casa y te lo quedas. Ve. En vez de seguir hacia la casa de S, manejé directo a la mía, que queda muy lejos, en los suburbios antiguos de la ciudad, con una sonrisa de oreja a oreja y con mi nueva adquisición.

Llegué, analicé mi biblioteca. Lo pensé unos minutos y me decidí a seguir el camino por el que me había llevado S: saqué todos los editados y los dejé aparte para quemarlos al día siguiente. Encendería una gran hoguera y los quemaría.

Puse el texto de la joven cuentista en el armario vacío del salón de mi casa y regresé muy rápido a la oficina de S. Apenas abrí la puerta S me preguntó que por qué había tardado tanto y dónde estaba lo de esa escritora joven. Le dije que había tenido un problema al dar con la dirección y que cuando llegué no vivía

ninguna chica ni menos una escritora inédita. Me miró de reojo. Creo que no le convenció mi respuesta. Ok, me dijo S, ahora ponte a seleccionar, hoy nos han llegado diez nuevos por correo.

Ok, le dije a S. Y me incorporé a mi tarea.

De los diez que llegaron ese día, guardé dos en mi bolso. Lo hice cuando S salió a caminar por el barrio, a realizar sus ejercicios de relajación.

Por la tarde me fui a casa muy tranquilo. Llegué y puse los dos nuevos inéditos en la biblioteca. Sonreí: Ya tenía tres libros en mi no colección universal.

Esa noche soñé con algunos escritores muertos que me pedían explicaciones de por qué iba a quemar sus libros. Que si estaba seguro de lo que hacía. Me preguntaban qué sería de mí en el juicio final. Desperté y me di cuenta de la magnitud del proyecto de S. De su magnitud y de su verdad. La vida de la no literatura universal estaba unida a la vida del más allá, tal vez a la vida eterna, incluso más allá del bien y el mal. Sonreí agradecido de mi valentía y mi descubrimiento. Yo también sería tan importante como S. Yo también comenzaba ahora mi gran proyecto.

Al día siguiente me presenté temprano en la oficina de S. Teníamos mucho trabajo atrasado. Noté que el rostro de S estaba diferente. Una mueca de molestia se reflejaba en su mirada. Contaba los escritos una y otra vez. Me faltan dos, exclamó. Me miró y me dijo: Di algo. ¡Me faltan dos! Me faltan dos. Me faltan dos. Me faltan dos. Lo miré. Se abalanzó sobre mí. Logré desasirme y salí corriendo de la oficina. Bajé las escaleras. Corrí. Me subí a mi auto. Manejé a casa a toda velocidad.

Por la mañana desperté borracho. Me había bebido una botella de whisky al seco. El alcohol funciona como sedante. Había dormido 24 horas sin darme cuenta. En mi contestadora tenía tres mensajes de S:

1. Estimado ayudante, vuelva usted. Lo necesito.
2. Por favor, se lo ruego. Nunca quise abalanzarme sobre usted.

3. Lo perdono. Preséntese a trabajar. Lo necesito. Usted también es parte de la no literatura.

Lo ignoré. Eliminé los mensajes. Mi decisión ya estaba tomada. Iba a comenzar a hacer mi propia historia de la no literatura universal. Yo también era un descubridor, un elegido.

Saqué un cuaderno de apuntes, un bolígrafo y comencé a hacer sumas y restas. A realizar ecuaciones. A los dos días puse un espectacular aviso en el diario:

Se solicitan textos inéditos para proyecto de la no literatura universal. Interesados llamar al 0034-932138315. Preguntar por S1.

En dos semanas tenía una colección de mil inéditos. Tuve que ampliar mi biblioteca. No fue difícil, estaba preparado para emprender un proyecto así. Al mes ya tenía quince mil. A los dos meses, sesenta mil.

A los seis meses tuve que cambiarme de casa. Al año alquilé una antigua biblioteca del barrio para seguir. De las ventanas se colgaban algunos periodistas a ver qué estaba sucediendo. Se comenzó a correr la voz de que yo inauguraría un gran proyecto. Tocaron el timbre una y otra vez, pero nunca les abrí. Me mantuve ajeno a las exclamaciones del exterior. Al glamour.

Pasados tres años comencé a agotarme. La biblioteca había crecido a trescientos mil ejemplares y estaba satisfecho con mi trabajo. De seguro estaba siendo catalogado por los historiadores como el gran no editor universal. Seguro, de eso no me cabían dudas. Pero estaba agotado y necesitaba un ayudante. Alguien que fuese catalogando los títulos nuevos y que me ayudara a desclasificar los títulos que se iban publicando. También a archivar los contratos de no-edición.

Puse un cartel en la puerta de la biblioteca: Se necesita un ayudante. Presentarse aquí con CV, ropa sport. Preguntar por S1.

Una tarde de mucho calor tocaron la puerta. Me acerqué a abrir y vi a un joven vestido de camiseta deportiva negra y unos jeans. Lentes oscuros, peinado punk. ¿Sí?, le dije. Quiero ser su ayudante, me dijo. ¿A qué te dedicas? Soy pintor de brocha gor-

da. Adelante. Lo miré de arriba abajo y sí, parecía un pintor de brocha gorda. Para este proyecto necesitaba cualquier cosa, menos a un escritor. Cualquiera que fuese escritor o editor encubierto, tal vez podría traicionarme. Conversamos un par de horas y le dije: Ok, eres desde hoy S2. Estás contratado, puedes comenzar a trabajar mañana. Llega temprano.

Una tarde cualquiera estábamos trabajando muy concentrados y golpearon la puerta. Le pedí a mi ayudante que abriera. Él estaba descatalogando tres escritos que habían publicado ese mismo mes en una editorial extranjera. Las cartas de los autores nos habían llegado el día anterior, anunciándonos que desistían del proyecto y que lo lamentaban mucho, que las publicaciones extranjeras los habían tentado con sus enormes sumas de dinero y un futuro exitoso. Además de las traducciones a más de dos lenguas, incluyendo el japonés y el mandarín.

Yo estaba reescribiendo la no historia de la literatura universal. Me describía como el gran no editor del siglo XXI. Cada tarde me sentaba a reescribirla. Sacaba nombres y agregaba otros, dependiendo de los manuscritos que seleccionábamos y de los que eran arrojados a la hoguera. Un asunto de sumas y restas, en definitiva. Y yo como el principal: el mejor.

Con tremenda sorpresa esa tarde me encontré con el rostro de S frente a mí. Empuñó su mano y golpeó la mesa: ¡así que aquí estabas, traidor! ¡Te he buscado todos estos años, traidor de primera!

Se metió la mano al bolsillo y de golpe sacó una Taurus calibre 38. Me apuntó preciso en la sien y logré ver cómo mi ayudante huía corriendo. Me quedé solo en el gran recinto. Solo yo y S en el escenario. ¡Vengo por mis manuscritos! ¡Vengo por mi idea! ¡Me he quedado sin nada! ¡Me he quedado solo! ¡No ves que esto es un peligro, maldito ayudante! ¡La no historia es muy delicada! ¡Este es un proyecto delicado, de riesgos! No te hagas el listo, me decía. Devuélveme lo que es mío. Sé cómo mover todo esto. ¡Es un secreto que me llevaré a mi tumba, maldito ayudante! ¡A mí me fue transmitido! Sé del principal secreto de todo esto. Nunca

te lo conté y jamás te lo contaría. Devuélveme lo que es mío. Y no intentes acercarte que te pego un tiro en la frente. No lo hagas. No te atrevas a hacerlo. ¡Aléjate ya!

Se fue acercando a mi biblioteca y buscó por orden alfabético. Sacó los textos que yo le había robado y se puso a hojearlos. Estos textos son míos, señaló, apuntándome con la Taurus calibre 38.

Déjalos ahí, le dije.

Los puso en su maletín y me dijo, no te atrevas a acercarte a mi casa. ¡Ratero! ¡Ladrón! Nunca más. No te atrevas, que esta vez sí que te mato. Este era un asunto delicado. Transmitido de padre a hijo y tú vienes a copiar la idea sin más. ¡Mediocre! ¡Usurero! ¡Patán!

Me quedé solo y me puse a llorar. Fue la primera tarde de mi vida que he llorado mucho. Como una mujerzuela llorona. Como una escritora chilena de noveluchas románticas. Me sentía solo y vacío y muy lejos de la no literatura universal.

De pronto, entre las sombras de los papeles, vi dos puntitos que me miraban. Era mi ayudante que había observado la escena. ¿Qué le pasa?, me dijo. Tomemos unas copas. No llore, usted. Ok, gracias, le dije. Muchas gracias. Acompáñame, discípulo, ven acá.

A la mañana siguiente desperté agotadísimo, medio borracho aún, descubrí que habían desaparecido cuatro de los nuevos inéditos que había puesto el día anterior en la biblioteca. Los busqué durante muchas horas y no di con ellos. Ese día mi ayudante no se presentó a trabajar. Supuse que fue por la borrachera. Pero al subsiguiente tampoco y en toda una semana tampoco. Y en un mes tampoco. Le dejé diez mensajes en su contestadora:

S2, regrese ya. Lo he descubierto. Lo perdono. Usted también puede figurar en la no historia de la literatura. Lo agregaré en el texto. Le pondré: el ayudante estrella del no editor del siglo XXI.

Pasaron tres semanas y mi ayudante no volvió. Dejaron de llegarme inéditos. Seguro ahora se los hacían llegar a él. Ya no tuve más trabajo. Estaban todos catalogados y no había más que

escribir. Seguro él se había llevado a los no-autores. Comencé a sentir la soledad de este proyecto. Cada noche me emborrachaba solo. Ya no tenía fuerzas para seguir trabajando. Lloraba, me lamentaba de la soledad de mi proyecto. Me arrepentí de haber abandonado a S. De haberme comportado como el peor de los Judas. Me decidí: volvería donde S, así comenzaríamos la no historia universal una vez más.

Hoy volví donde S, le conté la historia arrepentido: me arrodillé, lloré ante él. S me miró de reojo y esbozó una sonrisa. Una mueca que denotaba algo de burla.

S metió su mano al bolsillo, sacó su Taurus calibre 38, apuntó directo a mi cabeza y me dijo:

No te muevas. Aquí quería tenerte. ¡Todo es tu culpa, maldito! ¡Estúpido! ¡Casi acabas con la verdadera no historia de la literatura universal! ¿Te parece poco?

Escuché el bum. Giré mi cabeza y vi que entraba mi ayudante, disparó al techo y luego apuntó a S directo en la nuca. ¡Déjalo!, le ordenó. A la vez que me miraba y me decía: Ahora yo soy el no editor. ¿Vale? Y ustedes trabajarán para mí.

Esa misma tarde puso un aviso en el diario que se mantiene hasta hoy:

Busco textos inéditos para importante proyecto de la no literatura universal. Llamar al 0034-663262073. Preguntar por S2. Vamos a recogerlos a la dirección que usted nos indique. No comparta su texto con nadie más. No sufra. Si contrata nuestros servicios antes del 1 de diciembre, esta oferta trae un pack de regalo, que consiste en: ayuda personalizada para que no lo llamen por entrevistas de sus libros, para que no lo critiquen en medios especializados, para que no lo inviten a ferias del libro ni a antologías temáticas, ni le den anticipos de edición, para no ganar concursos literarios y para que usted no colabore en prensa escrita, para que no lo pongan en listas denigrantes de escritores, ni que lo nombren en parte alguna, ni realicen traducciones de sus libros.

A la semana el trabajo se acumuló. Contrataron a un nuevo ayudante: S3.

Ya somos muchos S(s). Vamos en el S6140. Sigue el proyecto. Todos Judas, todos ladrones y todos arrepentidos. No se ha podido establecer el verdadero proyecto de la no historia de la literatura universal. Los robos sobre robos nos tienen confundidos. Algunos lloran y están desesperados porque esto acabe pronto. Ha habido muertes. Ya no sabemos en quién de todos confiar. Algunos dicen que desconfiar no es nada nuevo. Que en este pueblito neoliberal y chato llamado Chile siempre fue así. Pero de todas formas el proyecto crece, la biblioteca cruza toda la ciudad, y cada semana publicamos un cartelito nuevo en el diario: ¡Llame ya!